

PINOCHO

AÑO VII
NUM. 312

25 cts

8 FEBRERO
1931



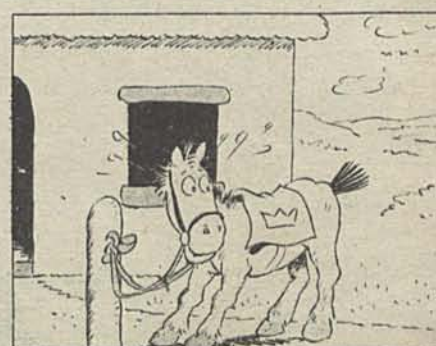
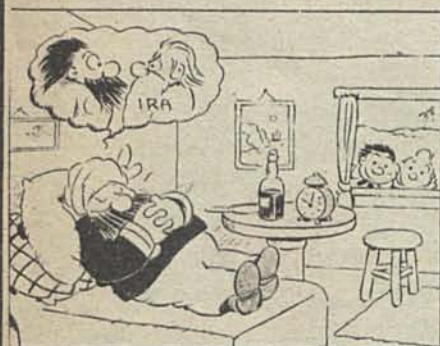
¿ QUÉ HACES PINOCHO ?
¡ ESTOY DESCANSANDO !
¿ QUIERES QUE TE AYUDE ?

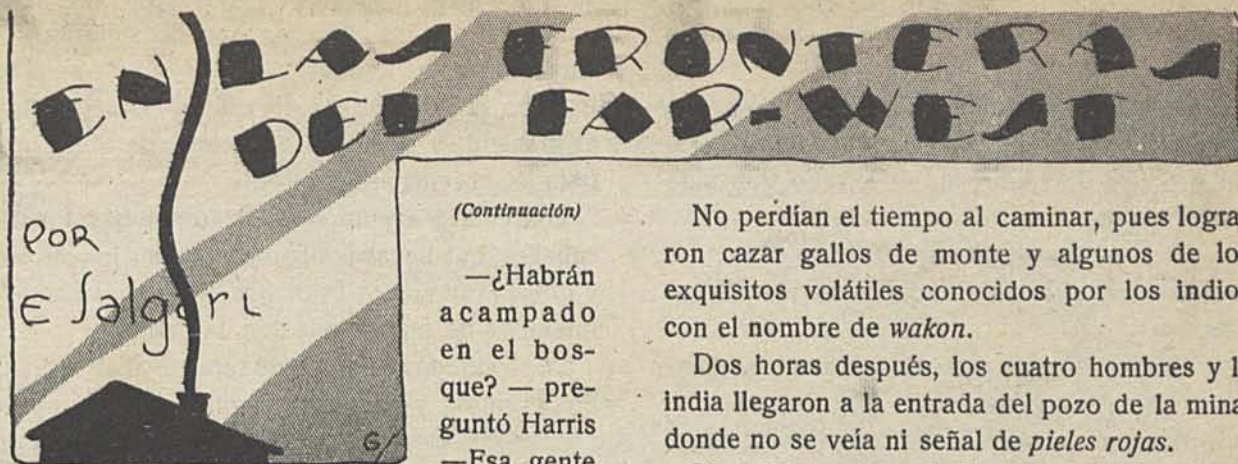
PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





(Continuación)

—¿Habrán acampado en el bosque? — preguntó Harris — Esa gente

es muy testaruda para renunciar fácilmente a nuestras cinco cabelleras.

—Creo que no. Sobre todo, avancemos con precaución.

—¿Estarán ocupados en dar caza a nuestros caballos?—preguntó Jorge.

—No. Si así fuera, ya les habrían matado o capturado.

—¿Lo creéis así, John? En ese caso, ¿cómo vamos a llegar al gran Lago Salado? A pie, seguramente que no.

—Convengo en que sería una verdadera locura—respondió el gigante—. Ninguno de nosotros llegaría vivo, con tantos miles de indios como hay sobre las armas y que recorren la pradera en todas direcciones. Debemos, pues, proporcionarnos otros caballos, y por eso os he aconsejado conservar los lazos, que en estos momentos pueden sernos muy útiles. Ahora dirijámonos hacia la mina, a ver si encontramos los arreos de nuestras monturas.

—Y de camino, a ver si cazamos algo—dijo Jorge—. ¡Me muero de hambre!

—Es que si los indios no están lejos, se alarmarán—objetó John.

—Pues así no podemos seguir—dijo Harris—. Hace veinticuatro horas que no tomamos boca-do, y empiezan a faltarnos las fuerzas.

—Después de todo, tenéis razón. A cazar, pues; y si los *chayennes* vuelven, nos refugiaremos en los más altos picos de la sierra.

Se pusieron en camino, bajando con bastante rapidez de la plataforma.

No perdían el tiempo al caminar, pues lograron cazar gallos de monte y algunos de los exquisitos volátiles conocidos por los indios con el nombre de *wakon*.

Dos horas después, los cuatro hombres y la india llegaron a la entrada del pozo de la mina, donde no se veía ni señal de *pieles rojas*.

Probablemente, se habían cansado de esperar a los fugitivos, y habían vuelto a emprender sus sangrientas correrías por la pradera.

Los aventureros quisieron, sin embargo, asegurarse de la dirección que habían tomado los *chayennes*, para no caer en una emboscada, y después de haberlo conseguido acamparon para prepararse el desayuno tan justamente deseado.

El día transcurrió tranquilo, sin que se notaran por allí rastros de *pieles rojas*; nuestros hombres pudieron descansar tranquilamente y aun consumir buena parte del tabaco que habían encontrado en las sillas de sus caballos, halladas en el mismo sitio en que las habían dejado.

Por la tarde, John, que tenía un oído tan agudo que podía competir con el de *Nube Roja*, se levantó de pronto, empuñando el rifle.

Sabiendo que el *indian-agent* no era hombre que se impresionara fácilmente, los cazadores le imitaron en seguida, preguntándole:

—¿Los *chayennes*?

—No sé, camaradas—respondió el gigante—. Podría haberme engañado.

—No—respondió el indio, que se había puesto a escuchar.

—¿Habéis oído también un lejano fragor?—le preguntó John, algo inquieto.

Se diría que muchos caballos galopaban por la selva confinante con la pradera.

—Entonces, son los *pieles rojas*—dijo Harris. —Puesto que tenemos tiempo, refugiémonos en la montaña.

—¡Dejadme escuchar!—dijo *Nube Roja*, que había apoyado una oreja en el suelo.

—¡Caballos!—dijo, levantándose al cabo de un rato.

—¿Muchos?—preguntó John.

—Deben de ser muchísimos, porque su galopar produce un ruido que el terreno transmite distintamente.

—¿Pesados?—dijo John.

—No. Se diría que esos animales van en libertad.

—Tal vez sea una manada de caballos salvajes que vienen a la pradera.

—Más bien creo que se dirigen a esta mina. En los ojos del *indian-agent* brilló un rayo de esperanza,

—¿Serán los nuestros, que rondan por estos contornos?

—Deben de ser más de cuatro—respondió *Nube Roja*—, a juzgar por el ruido que producen.

—¡No importa!—gritó John, radiante—, ¡El que quiera caballos, que los coja, aunque yo preferiría el mío! ¡Pronto, los lazos!

—¿Qué dices, camarada?—preguntó Harris.

—¡Obedece y calla! ¡Yo sé de qué se trata! ¡Pobres animales! ¡Hace dos días que nos buscan!

—¡Los lazos!—repitió *Nube Roja*.

Los cuatro aventureros y la india se lanzaron a la pradera.

La noche había llegado ya; pero una luna magnífica lo alumbraba todo.

Se oía distintamente el galopar furioso de una gran manada de caballos, que parecían dirigirse a la explanada de la mina.

No se oía ninguna voz humana, señal evidente de que aquellos animales iban sin jinetes, porque los indios, cuando están en guerra, no pueden reprimir sus belicosos gritos.

Bien pronto se precipitaron en la plataforma con verdadero furor treinta o cuarenta caballos, con los ojos llameantes y la boca cubierta de espuma.

Los cuatro primeros eran los de los cazadores; los otros, *mustangos* salvajes, todos de raza andaluza.

Parecía que los primeros iban locos de terror, huyendo de los últimos.

Y, en efecto, así era. El caballo salvaje odia al domado, y si vuelve a encontrarle libre, no para hasta rematarle a mordiscos.

Los cuatro aventureros dejaron pasar a sus caballos, que llevaban alguna ventaja a los otros, y dispararon contra éstos sus rifles, más con la intención de espantarlos que de herirlos.

La *caballada* se detuvo de repente al oír aquellos disparos, y dando en seguida media vuelta se alejó a carrera desenfrenada, volviendo a entrar en la selva.

Los cuatro caballos domados habían continuado su galope hasta el pozo, y allí se detuvieron hasta que, oyendo el silbido de sus dueños, levantaron su inteligente cabeza.

Los valientes animales habían conocido a sus amos.

El del *indian-agent* fué el primero que acudió a humillar su cabeza entre las manos de John; y en seguida hizo lo mismo el de *Nube Roja*.

Los dos pertenecientes a los cazadores, algo más salvajes, dudaron un momento; pero bien pronto acudieron ante sus amos, recibiendo alegremente sus caricias.

—¡Camaradas!—dijo John, mientras pasaba la mano por la frente a su caballo—, esto es indicio de buena suerte! ¡Ahora estoy seguro de cumplir el encargo del coronel, salvando a sus hijos!

—¡Y nosotros!—exclamaron Harris y Jorge.

Nube Roja permaneció indiferente, aunque sus ojos se fijaron con inquietud en Minnehaha; pero la muchacha siguió impasible.

La sangre de su madre, la terrible Jalta, circula por sus venas.

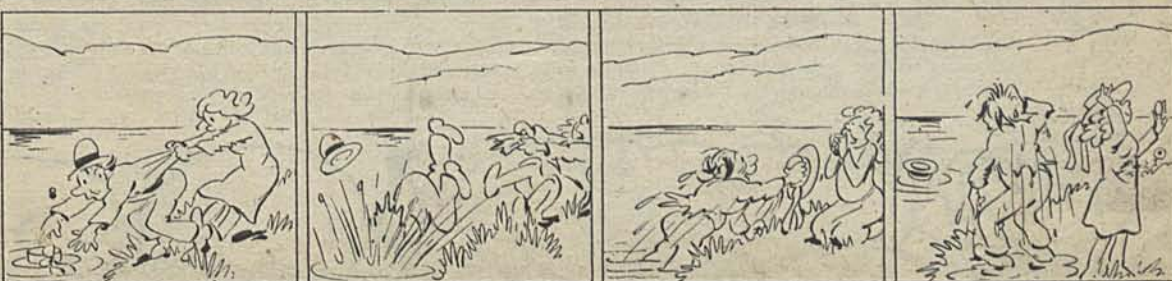
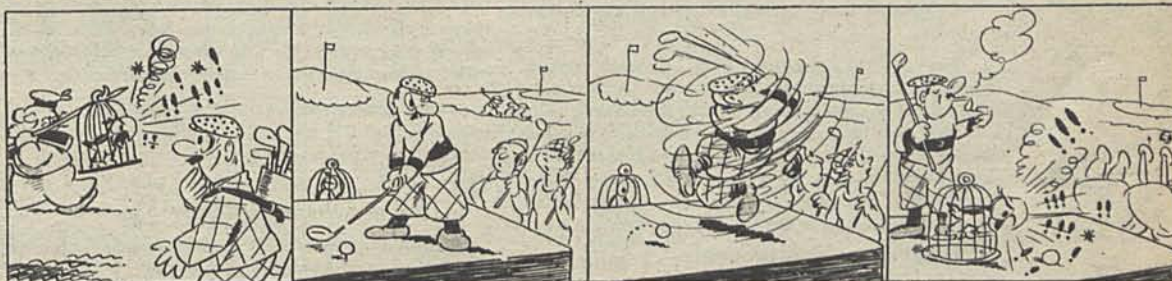
Los cuatro caballos fueron conducidos a uno de los barracones de la antigua mina, y perfectamente limpios de la espuma que les cubría, comenzaron a pacer la abundante hierba que crecía en derredor.

—¡Hasta mañana!—dijo John—. A vos, *gambusino*, os toca la primera guardia. ¡Mueho ojo

(Continuará en el próximo número).



GRAN CINE TINITONESCO



¿QUÉ QUIERE SABER HOY?

—Recordarás, mi querido buho, que nuestra pasada charla quedó pendiente de una promesa que me hiciste.

—La recuerdo perfectamente. Hablamos de los payasos que tanto nos hacen reír en los circos.

—Y me dijiste que en nuestra charla de hoy me hablarías de los trucos que estos payasos emplean en sus trabajos ¿no es eso?

—Cierto. Y aquí me tienes dispuesto a cumplir lo prometido. ¿Tú has visto a los clowns comerse unas largas velas encendidas.

—Sí, querido buho, y por cierto que me han dejado asombrado.

Pues la cosa no es para tanto. El truco es muy sencillo. Consiste simplemente en una vela hecha con un tubo de papel en cuya extremidad hay tan solo un trocito de estearina que es lo que arde. El clown masca el papel lentamente y lo va escondiendo en rincones de la boca y cuando llega al final hace lo mismo con la estearina. Todo ello, en cuanto desaparece el clown de la vista del público lo saca de la boca y lo tira.

¿No se lo ha comido, entonces?

—¡Claro que no! ¡Menuda indigestión hubiese pescado! Pero el efecto es como si realmente masticase la vela y se la tragase. ¿Y no has visto también que un payaso clava a otro un hacha en la cabeza?

—También lo he visto. Y me ha sorprendido ver a la víctima que se queda con el hacha clavada y sin darle la menor importancia.

—Como que la cosa no la tiene, en efecto. El hacha tiene su correspondiente truco. El filo no existe y en su lugar hay un trozo de tela pintada del color del metal; esta tela oculta tres clavitos que son los que se clavan en la cabeza del augusto.

—¡Rezapateta! ¡Qué más me da que se clave el filo del hacha o que sean los clavos! La cosa no es para tomarla a broma.

—Es que el augusto, amigo Chononcito, se ha cubierto de antemano el cráneo con un casquete de madera sobre el que va la peluca y en el que se hincan los clavos sin hacer el menor daño. ¿Y qué me dices de esas fantásticas mazas que al dar un golpe producen un estampido como un tiro?

—Y que las hay que más parecen cañonazos. ¿Cómo se hará eso?

—Muy sencillo también el truco. En la parte de la maza que ha de golpear llevan pegada muy disimuladamente un trozo de pasta de fulminante; al chocar ésta contra cualquier objeto se produce la detonación.

Los clowns, además de ser excelentes cómicos, y formidables mímicos, han de ser también estupendos acróbatas, músicos, y prestidigitadores. Claro que como acróbatas y músicos no emplean trucos, pero como pres-

tidigitadores los usan en todos sus juegos. Por ejemplo, el pastel que sale de un sombrero en el cual se ha vertido el contenido de dos huevos es porque estaba oculto en un doble fondo que el público no ve.

Existe un procedimiento infalible para adivinar una carta que un espectador haya cogido de una baraja y consiste en hacer el juego con una baraja en la que todas las cartas sean iguales.

—No falla, querido buho. No hay modo de equivocarse.

—El agua que al caer en su vaso se convierte en vino y al volver a la botella se transforma de nuevo en agua es porque mediante una substancia química preparada en los envases sufre aquella transformación.

Todos estos ejercicios de prestidigitación requieren una gran agilidad y muchísima destreza para que salgan limpiamente y no descubra el público donde radica el truco.

—¿Y no se equivocan alguna vez?

—¡Qué duda cabe! Y algunas de modo tan sensible como en una ocasión que voy a referirte.

—En un circo presencié una vez una pantomima en la que intervenía una de esas famosas mazas que al golpear con ellas producen un formidable estampido. Estas mazas tienen en su extremo dos talones: el uno, que es con el que se golpea y el que tiene también el fulminante oculto, es de cartón, y el otro talón es de madera. Comprenderás que es muy distinto dar un golpe con uno u otro talón.

—Ya lo creo; sobre todo para el que recibe el golpe.

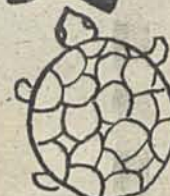
—Pues bien; en esa representación a que yo me refiero equivocó el clown los talones de la maza y en vez de dar con el de cartón dió con el de madera, descargando un mazazo formidable sobre la cabeza del pobre augusto. Este no pudo contener el grito y el gesto que le dolor le produjo y al mismo tiempo se le bañó la cara de sangre, pero el público, creyendo se trataba de un truco, aplaudió frenéticamente por lo bien que se había desarrollado la pantomima. ¡No hubieran aplaudido ni reído tanto si hubiesen sabido que el desgraciado augusto había sido herido de verdad!

—¿Pero no se retiró de la pista en el acto?

—Tuvo la energía sobrehumana de permanecer en ella hasta finalizar el número, haciendo reír al público con sus cabriolas, pero tan pronto entró en su camerino cayó desvanecido.

—Si que es triste la obligación de algunos artistas.

—Más de lo que tú te figuras, amigo Chononcito. ¡Cuántos debajo de la máscara sonriente que impone el papel que representan ante los espectadores, llevan oculta la amargura de una desgracia! Es muy frecuente esta dolorosa realidad, pero el que vive del público de un teatro o de un circo tiene que pasar por ello.



ANITA BUEN- CORAZON



¡QUE FATALIDAD!
¡NO DISPONEMOS
DE NINGUNA MEDI-
CINA PARA COMBA-
TIR TU ENFERMEDAD!



¿COMO
TE EN-
CUEN-
TRAS?

¡PARECE QUE
NO ESTOY PEOR!
¡YO CONFIO EN
QUE ESTA FIEBRE
REMITIRÁ PRONTO!



¡Y SOBRE TODO NO QUIE-
RO VERTE TRISTE, POR-
QUE ME PONGO PEOR!
¡HEMOS DE TENER CON-
FIANZA EN QUE LA
PROVIDENCIA
NOS SALVARÁ!



¡EN QUE DESAMPA-
RO MÁS GRANDE NOS
HALLAMOS! ¡SOLOS
EN ESTA ISLA! ¡NO
HAY ESPERANZA!



¡..... HAY ES-
PERANZA!

¿EH?



¡SI SE MUERE ANITA
YO NO PODRÍA SOBRE-
VIVIRLA SOLITARIO
AQUÍ!



¡CLARO, LA VIDA NOS
HA SIDO POSIBLE EN
ESTA SOLEDAD GRA-
CIAS A QUE PUDE CONS-
TRUIR UNA CABAÑA Y A
QUE ABUNDAN LOS ALI-
MENTOS!



¡PERO BIEN DICE EL
REFRÁN: "NO SOLO
DE PAN VIVE EL HOM-
BRE" ¡ALGUNAS VECES NECESITA
MEDICINAS!



¡COMO ÚLTIMO RE-
CURSO ME PASARÉ
HORAS Y HORAS MI-
RANDO AL HORIZONTE
POR SI VEO ALGÚN
BUQUE!



¡POR ESTE LADO NO
VEO NINGÚN BARCO!
¡SEGUIRÉ MIRANDO!



¡NADA; NO SE VE PASAR
NI UN SOLO BUQUE POR
TODO EL HORIZONTE!



¿NO TENDRÉ EL CONSUELO
DE QUE ALGUIEN HAYA RE-
COGIDO LA BOTELLA CON
EL MENSAJE QUE YO ARRO-
JÉ AL MAR?





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



MIRA, NIÑO; HOY ME HE LEVANTADO COMPLETAMENTE CARPINTERO; ASÍ QUE AHORA MISMO NOS VAMOS A PONER A TRABAJAR COMO FIERAS

SI LO PAGA USTED BIEN, UN SERVIDOR SABE MENEAR MUY BIEN LA COLA



VAMOS, NIÑO; MENEA BIEN LA COLA QUE QUIERO ACABAR ESTE TRABAJO EN SEGUIDA

¡MI ABUELA! ¡QUÉ PERRA HA PESCADO HOY!



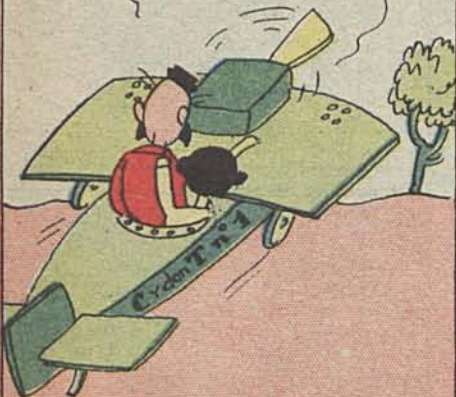
EN CUANTO ACABEMOS EL AEROPLANITO VAMOS A SALIR CON RUMBO DESCONOCIDO

¡AY QUE MORRÓN NOS VAMOS A DAR!



¡A LA UNA! ¡A LAS DOS! Y ¡A LAS TRES! FÍJATE CON QUÉ SUAVIDAD DESPEGA

¡SE MASCA LA TRAGEDIA!



MIRE QUE CARA NOS PONE EL SOL, DON TURU

NO LE HAGAS CASO, CURRINCHE. ESO ES ENVIDIA PORQUE EL NO TIENE UN AEROPLANO



¡A GARRATE, CURRINCHE, QUE ENTRAMOS EN BARRENA!

¡ADIÓS, DON TURU! HASTA LA ETERNIDAD!



O PARAMOS DE DAR VUELTAS O UN SERVIDOR SE VA A CASA

ESPERA UN MOMENTITO, HOMBRE, QUE SE VA A ACABAR LA BARRENA EN SEGUIDA

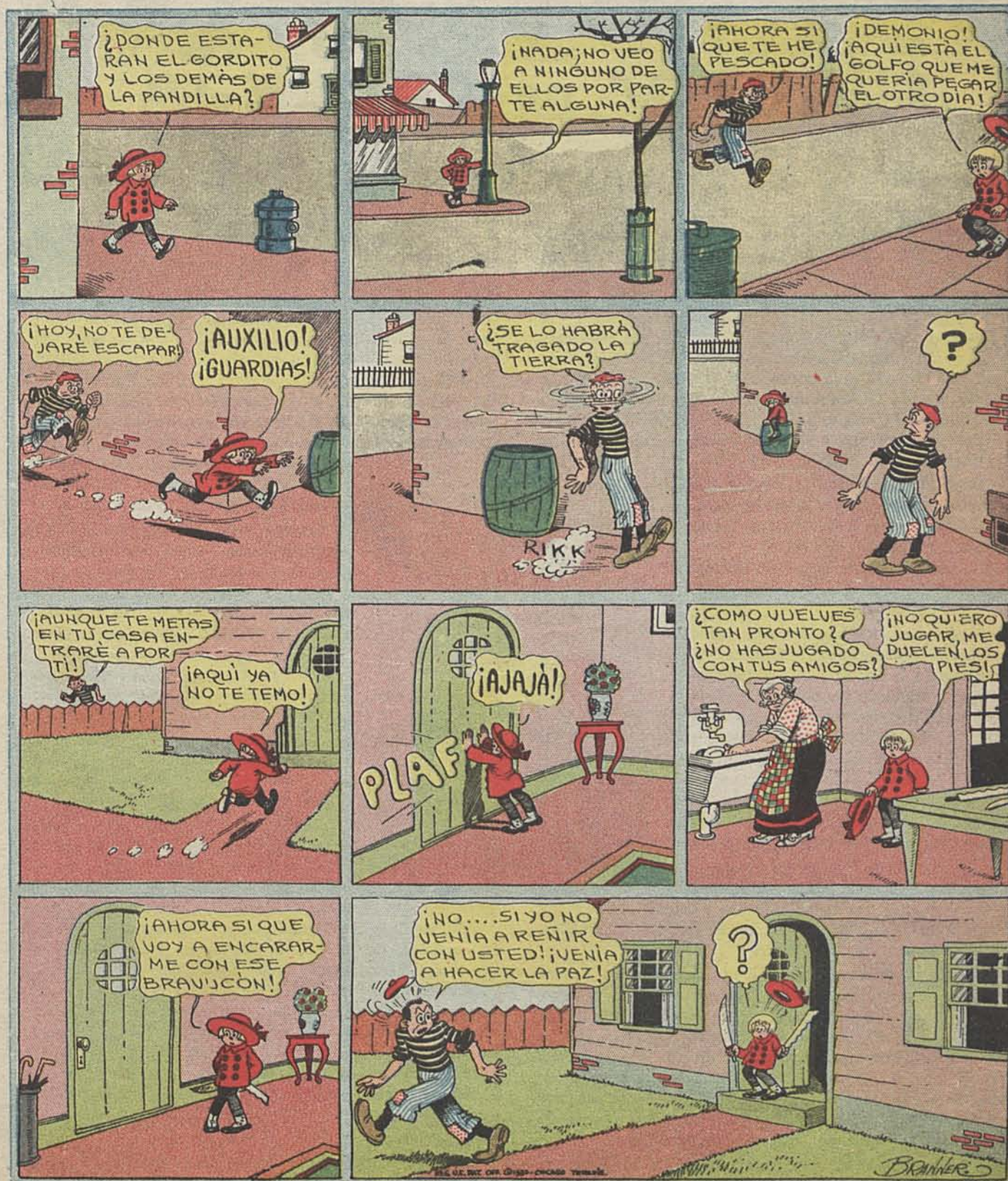


SI NO LLEGAA SER POR LA NUBECITA MEJENDO MORRÓN NOS DAMOS





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

Casillas

INQUILINOS DEL MAR



EN el fondo del mar se notaba desusada animación. Todo se volvía cuchicheos, conferencias y guiñaduras de ojos entre los peces grandes y chicos, alrededor del palacio de coral donde habitaba el Emperador del Océano. Un atún, respetable por sus libras y su edad, sostenía con un pez martillo la siguiente conversación:

—Ya sabrá usted la gran novedad. La Princesa Pescadilla va a ser enviada a tierra firme para que hombres y peces formemos una sola familia.

—Eso—contestó el pez martillo—es una gansada digna de un pedazo de atún.

—El pedazo de atún lo será usted, que yo soy atún completo; y si le doy un aleta, su martillo no va a servir ni para clavar tachuelas.

—No hay que enfadarse, que no he querido ofenderle; escamillas a la mar, y choque usted esa aleta.

—Según dice el Emperador—prosiguió el atún—, se trata de que Pescadilla conozca el mundo, a ver si logra evitar esta guerra cruel que el hombre nos hace con cañas y redes y otra porción de artificios para cogernos prisioneros y engullirnos luego de darnos una vueltecita por el asador o la sartén. Si la cosa se confirma estamos de enhorabuena, por aquello de que cuando las escamas de tu vecino veas raspar, bien te puedes echar a temblar.

Lo que decían los peces era exacto; el Emperador Pescadilla XXXIV enviaba a su hija Pescadilla a la mansión de los hombres, acompañada de una soberbia merluza, tan entrada en carnes como en años, que era la institutriz de la Princesa.

Al efecto, llamaron a una foca para que enseñara a Pescadilla la respiración fuera del agua, y después a un zorro marino para que le enseñara a nadar y guardar la ropa, cosa no tan fácil como a primera vista parece. Después llamó a un barbo con toda la barba, que era saltador de olas y mago en sus ratos de ocio, el cual, después de rascarse la tripa siete veces, se metió en la boca la punta de una aleta, y, por fin, después de muchas maniobras, dió a la Princesa cara y cuerpo de mujer, salvo la cola, que le era necesaria para nadar.

En el día prefijado salieron, acompañadas de fuerte escolta de peces espadas, la Princesa, su aya y el barbo, provisto de

los untos necesarios para convertir en piernas la cola de la Princesa en el momento oportuno. Llegados a la orilla, quedó Pescadilla convertida en una hermosa dama, y su aya la merluza, en una respetable señora de ojos saltones y asustadizos. Al llegar a tierra, en medio de una furiosa tempestad, vieron a un pobre joven que, cansado de luchar con las olas, iba a perecer ahogado. La Princesa, compadecida, le sacó a flote y le dejó sobre la arena de la playa. Cuando volvió en sí el naufrago, dió las gracias a su salvadora, la cual le indicó por señas, siempre dentro del agua, que necesitaban vestidos para poder salir a tierra. No hablaron a desagracedidos, porque el

joven compró unos vestidos a unas pescadoras, y con ellos, mal que bien, se habilitaron Pescadilla y su aya la merluza.

Preguntó luego el joven adónde había de acompañarlas; y como ellas manifestaran que no sabían, él las llevó a casa de su madre, donde fueron espléndidamente alojadas. Pescadilla preguntó cuál era el elemento principal para vivir en la tierra, y le dijeron que el dinero. Preguntó qué cosa era el dinero, porque en el fondo del mar no se gastaba, y le enseñaron una moneda de oro y otra de plata.

—¿Y esto vale aquí?—preguntó.

—¡Ya lo creo! Con esto se compra todo.

—Pues eso son los tejuelos con que jugamos en mi país—dijo la Princesa.

Al día siguiente fueron a la orilla del mar en el momento en que unos pescadores sacaban sus redes. La Princesa lloró al ver tantos súbditos de su padre hechos

prisioneros y condenados a muerte; y acercándose a la red, cogió uno de los peces mayores, y pronunció a su oído algunas palabras. El pez bajó la cabeza, en señal de sumisión, y en el acto la Princesa lo echó al mar. Después hizo que el joven comprase la redada, y los volvió a lanzar al agua, después de hacer unos signos que hicieron saltar de alegría a todos los prisioneros. Hecho esto, volvió a casa, y como en la comida le pusieran unos peces, se levantó horrorizada y se encerró en su cuarto. La merluza no pudo moverse de su asiento, porque al ver que habían servido atún escabechado, exclamó llorando:

—¡Mi tío!

Al oír esto la familia del joven, pensó que las dos mujeres se habían vuelto locas; pero la merluza, impresionada ante el





cadáver de su pariente, declaró quiénes eran y a qué venían, lo cual maravilló todavía más a aquella familia, particularmente al joven, que exclamó con pena:

—¡Dios mío, tan linda y con raspa!

—Aclarada la situación, aquella familia procuró tranquilizar, a Pescadilla, prometiéndola que ni aún en el día de vigilia comerían pescados, por temor a comérsele algún pariente, y con esto ofrecieron a ayudarla en la misión que traía.

Por de pronto le dijeron que una multitud de familias vivían del producto de la pesca, y si ésta se prohibiese, había que dar ocupación a muchísima gente, lo cual era muy difícil, porque estaban muy mal todos los oficios. Pescadilla manifestó que había mandado traer dinero a los pescados que puso en libertad, y lo esperaba de un momento a otro. Todo el que iba en los buques naufragos, y que estaba en el fondo del mar para diversión de los pececillos, vendría a tierra para pagar a los pescadores.

Pareció bien la idea, y el joven regaló a la Princesa una hermosa diadema de perlas. La joven soltó la carcajada.

—¿Pero esto vale algo aquí?—preguntó con sorpresa—. Si esto es el excremento de la madreperla. En mi país nadie lo recoge; pero si aquí sirve de algo, mañana daré orden de que traigan las deposiciones más abundantes de mis súbditas las madreperlas.

Al día siguiente fueron a la orilla del mar; descalzóse la Princesa y metió los pies en el agua, haciendo con ellos cierto movimiento. Al instante acudieron peces que vomitaron sobre la arena monedas de oro y plata de todos tamaños y fechas, formando un montón enorme. Salió luego a flor de agua un pez sierra. La Princesa se inclinó hacia él, y conversaron rápidamente.

—Me trae buenas noticias de casa—dijo Pescadilla—, y yo le envío cariñosos recuerdos.

Después de recoger el dinero llamaron a todos los pescadores de aquel pueblo, y les entregaron una fuerte cantidad para que no se dedicaran a la pesca. Desde entonces en aquella costa no se pesca ni un catarro para no faltar al convenio.

Recorrió después la Princesa, en unión de aquella familia, muchos países; y como era muy discreta, sacó muchas y provechosas enseñanzas, tanto que al poco tiempo dijo que le parecía estar viviendo en el fondo del mar.

—Aquí, como allí—decía—, los peces grandes se comen a los chicos; los poderosos,

si son buenos, equivalen a nuestras inofensivas ballenas, y si malos, a nuestros perversos tiburones de acerados dientes; los listos son nuestras truchas y truchos; los lobos, atunes; los escritores, calamares, siempre con la tinta a vueltas, y muchos literatos, congrios; los insignificantes son percebes; los borrachos, esponjas, y van, como los merluzos, con su correspondiente merluza; los granujas son anguilas que se escurren por donde quieren,

y los barbudos sabios, nuestros barbos venerables; los flacos son sardinas y bacalaos, y los gordos, focas; de los recelosos se dice que están escamados, y de los taimados, que tienen concha como la tortuga.

Después de estas razones, y con el libro de memorias bien lleno de notas, despidióse la Princesa de sus amigos, ofreciendo enviarles algunos regaños de su agua, por no decir de su tierra.

Un cesante que supo la historia se presentó a Pescadilla, y le dijo:

—Señora, ¿no habrá por allí un destiniño de escribiente o limpiaescamas para este desgraciado?

Hízole gracia la petición a la Princesa, y temerosa de que todos los cesantes le vinieran con memoriales, acordó para el día siguiente la partida, diciendo al solicitante:

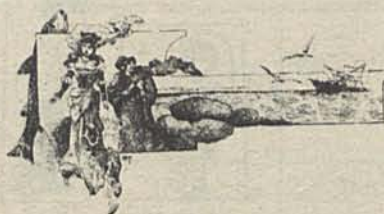
—Será usted mi gran portacolas; pero sin sueldo.

—Yo, comiendo un cocidito, tan contento—dijo el pobre hombre.

Pero cuando se enteró de que allá abajo no se comía nada caliente, dijo:

—Pues para seguir en lo mismo, bien estoy en la calle de Sevilla.

La Princesa se volvió a su país; pero no quiso perder la forma humana, como recuerdo de su excursión, y alguna que otra vez suele volver a tierra para ver si los hombres han cambiado y no se parecen, como antes, a los inquilinos del mar.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE FEBRERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Rosita
Nicolás Moya



Petro.—Paco Pino



Cabeza de caballo
Fernando Pono



Anita y Pelucho
Elias Pérez



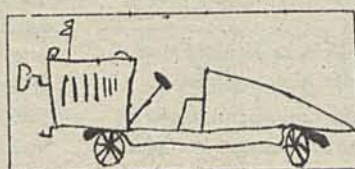
El sereno
E. P.



Una cabra. F. Miravete.



Gutiérrez rey
Inés Giménez



Auto de carreras.— Ricardo Callejo



D.ª Prefen-
siones
R. Carmona



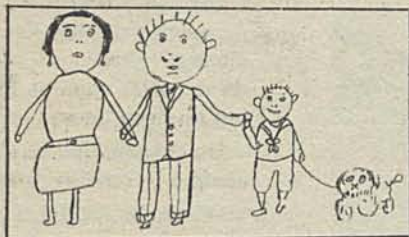
Tío Tomás
F. Pino



Pedestal
M. Lozano



Conchita Torres



Una familia.—Marichu Gómez



Yo saltando
Teresa Carmona



Un niño
I. Palacio



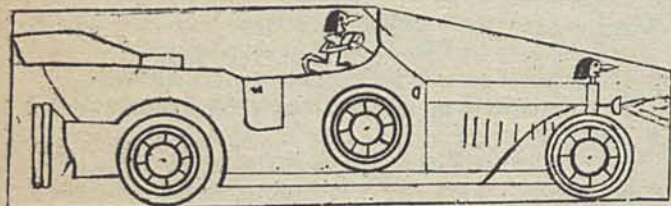
Portera
F. Pino



Iglesia
Cecilio Callejs
(E. de S. C.)



Ojos negros
P. Hergueta



El auto de Pinocho.— Isidro Martín (E. de S. C.)



Un faro
Juan Ardanaz



Zamora.—R. Melero



Un garrochista
J. Gutiérrez



Un verónica. R. Melero



Niño
Toñín Arriola



Pipo y Pipa.—E. Virallé



Pesquero
Pepín Castellanos



Cigüeña
C. M. Ripoll



Jugador
J. C.



Regatas.—Carlos M. Ripoll



Bandido
Pepín Castellanos



Tomasín
V. Pardo



Pueblo español
Tomás Berdugo



Tío camuñas
Carmen Berdugo



Elefante.— Carmen Iglesias



La ermita de mi pueblo
Fernando Pino



Fumando
Cecilia Medina



Escena.—M.^a Carmen Huidobro



Cuadro
Un desconocido



Mi abuelo pescando
Salvador Pérez



Tío Quique
Jesús F. de Mesa



Los Maños
M.^a L. V. Rodríguez



Venezuela
Eugenia Mazón



Ton
José Luis Brugada



Charlot
Angel Arrutio



Avestruz
A. L.



Pavo Real
Gabriel Ruiz



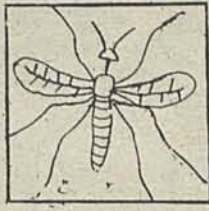
Pirella
P. Bujanda



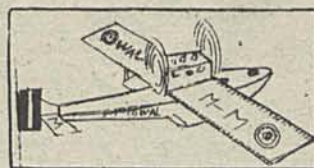
Cañamón
José Luis Brugada



El tucando
Alberto Rubio



Insecto.—Titi Pérez



Aeroplano.—Luis Pascual



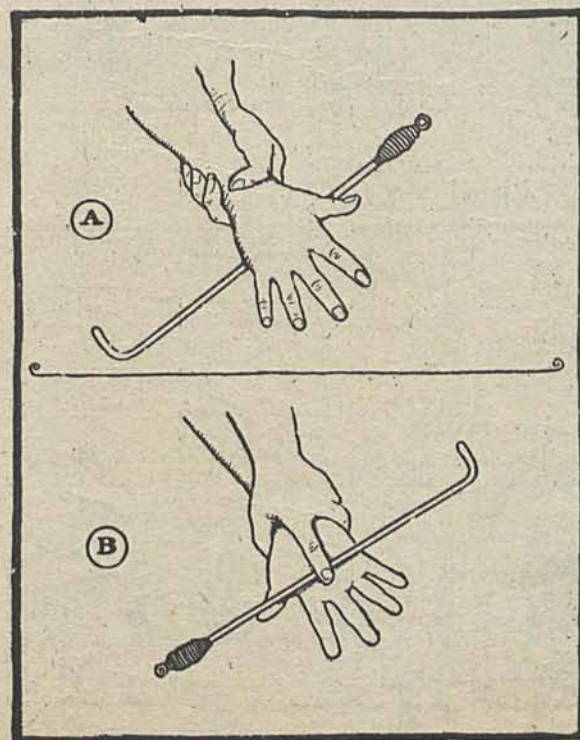
Un perro.—Vicente Vicario



Gurrincho
J. E. L. Jordán



EL BASTÓN



Si queréis presumir ante vuestros amigos de mago o prestidigitador no tenéis que hacer nada más que dos cosas:

- 1.º Revestiros de «frescura».
- 2.º Coger un bastón.

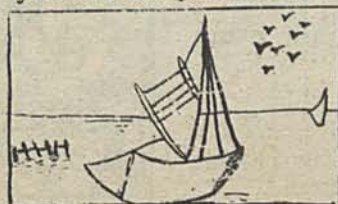
Una vez que tengáis en vuestras manos el susodicho instrumento podéis afirmar, con la mayor seriedad posible, que vuestra mano derecha posee un poder magnético formidable.

Y como demostración de nuestro aserto debéis enseñar a los ojos del asombrado auditorio vuestra mano a cuya palma irá adherido el mentado bastón.

Los dibujos os darán la clave del misterio.

Y todos vuestros amigos os miraran con respeto admirados de vuestra sabiduría.

Y seréis tachados de sabios por donde vayais, incansables y admirados pinochistas.



Paisaje marino.—C. Martín



Pizarro.—A. Rubi

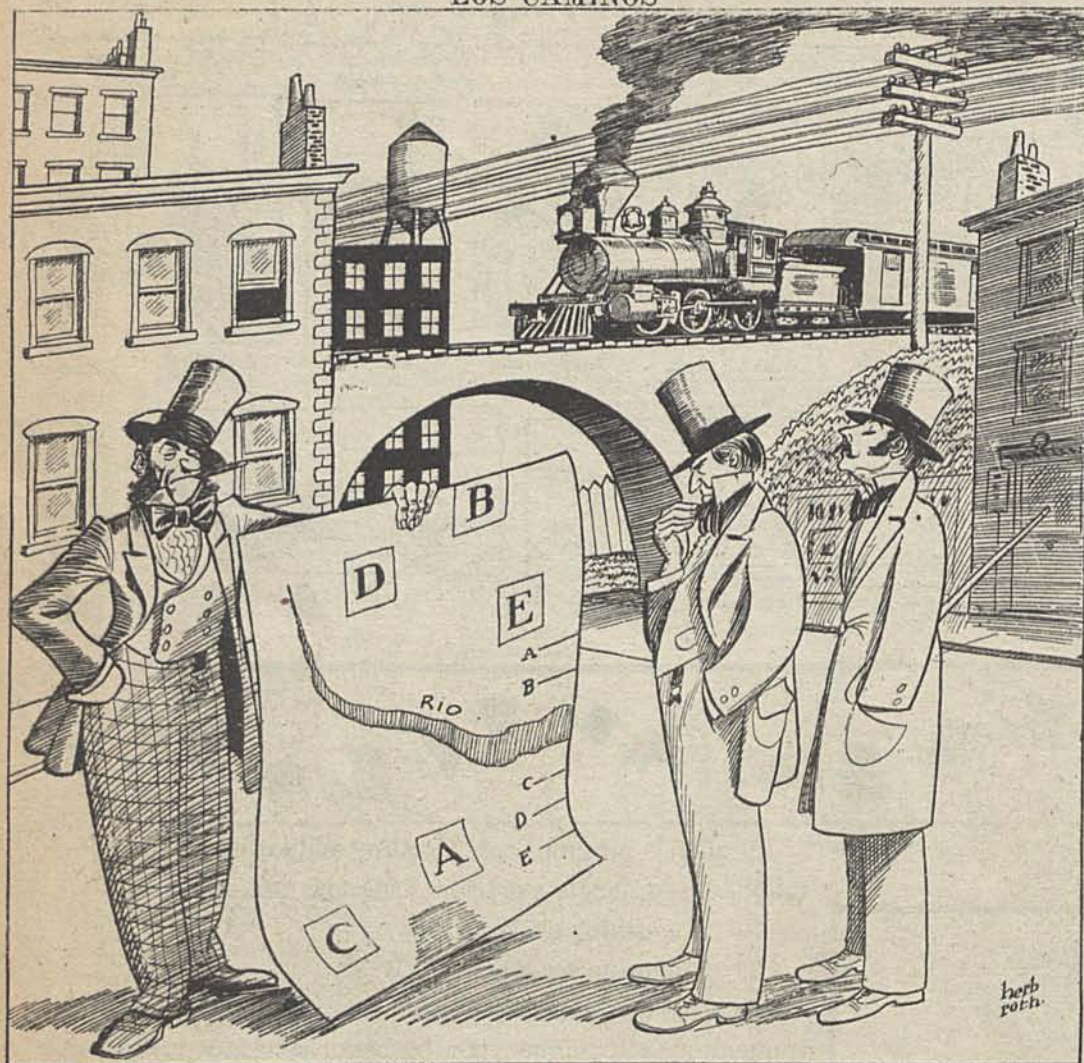


Exposición
Antonio Blanch

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS CAMINOS



El señor Lucas tenía cinco casas en el campo, que son las señaladas en el plano con los cuadrados A, B, C, D y E.

El señor Lucas tenía además cinco huertos, uno para cada casa, que son los señalados en el plano con las pequeñas letras A, B, C, D y E.

Y el señor Lucas quería unir a cada huerto con su casa respectiva por medio de cinco caminos pero de forma que estos caminos no se cruzaran nunca ni atravesaran el río.

¿Cómo se las arregló el señor Lucas?

EL PERRO Y LOS CABALLOS

Un perro y dos caballos iban a caza de aventuras por un espeso bosque cuando de repente cayeron en un cepo.

¿Podrías vosotros, con vuestra admirable perspicacia, averiguar dónde están los dos caballos y el perro?





CON CHUFITA Y PERICUELO SE PASA LA VIDA AL PELO

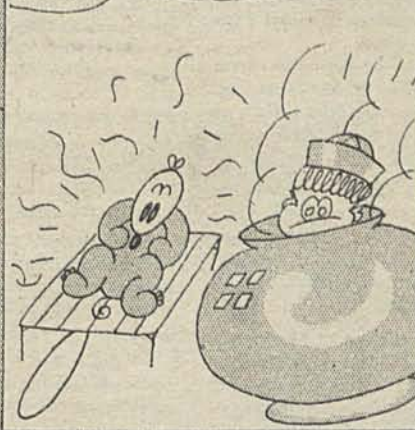


CONTINUACION

ENCERRADO CHUFITA EN UNA TINAJA Y PERICUELO EN UNA LOBREGA MAZMORRA DELIBERARON CUCALÓN Y LA BRUJA ESTROPAJO SOBRE EL PORVENIR DE LOS DOS REOS



CUCALÓN, OBEDIENTE A LA VOZ DE SU ESTÓMAGO ERA PARTIDARIO DE COMERSE A CHUFITA ASADO A LA PARRILLA Y A PERICUELO ESTOFADO CON GUINDILLAS JE LAS MÁS PICANTES



EN CAMBIO LA BRUJA PENSÓ EN LA FORTUNA QUE PODÍA VALERLES EL RESCATE DE LOS PRISIONEROS ¡UNA QUIMERA DE ORO!



COMO ERA DE ESPERAR PREVALECIÓ LA OPINIÓN DE LA BRUJA Y UNA NOCHE, METIDOS CHUFITA Y PERICUELO DENTRO DE UN SACO FUERON TRANSPORTADOS A TRAVÉS DE LOS CAMPOS CON RUMBO HACIA UN TENEBROSO LUGAR.



HACIA EL INEXPUNABLE CASTILLO DEL OGRÓ CUCALÓN DONDE SE PERPETRABAN LOS MÁS HORRIPILANTES CRÍMENES Y DONDE EL OGRÓ GUARDABA SU JAURÍA DE CÁNCERBOS CONTRA LA INVASIÓN DE EJÉRCITOS ENEMIGOS.

CUANDO LLEGARON A LAS PUERTAS DEL CASTILLO HIZO EL OGRÓ SONAR UNA TROMPA Y APARECIÓ EL DRAGÓN TRAGAMOSCAS, IRACUNDO, VELOZ Y FERÓZ



Y HACIÉNDOSE CARGO DEL SACO SE LO ECHÓ A CUESTAS Y SE LO LLEVÓ A SU CUEVA



TRAGAMOSCAS ERA EL DRAGÓN DE CONFIANZA DEL OGRÓ CUCALÓN Y CUANTO SE GUARDABA EN SU CUEVA ESTABA EN SITIO SEGURO





SECCIÓN PIRULA

Charlas de Pirula... cuentista

Lo que más desea Rocío

Sabéis qué es lo que más le gustaría a Rocío? Pues ver nieve.

Es que Rocío vive en una ciudad de Andalucía donde hace mucho calor y no

nieva casi nunca; precisamente ahora hace doce años que no ha caído allí un copo de nieve.

¡Doce años! Tres más de los que tiene Rocío; por eso no ha visto nunca nevar; y porque nunca ha visto nevar, su mayor deseo sería ver nieve; por eso y también porque le han dicho que la nieve parece azúcar molida y como Rocío es bastante golosa (no creo que sea la única Pirulinda golosa, ¿verdad?) supone que el ver azúcar en abundancia, cubriéndolo todo, tejados, suelo y árboles, debe de ser el espectáculo más bonito del mundo.

Sin embargo, hay muchos países donde el paisaje cubierto de nieve resulta la cosa más vulgar del mundo, porque así está durante todo el invierno, un invierno que dura más de la mitad del año; y en aquellos países, seguramente, el mayor deseo de los niños, será ver un sol de oro deslumbrante, brillando en un cielo azul; un sol, en fin y un cielo como los disfrutamos en nuestra hermosa España, muchas veces hasta en invierno.

En uno de aquellos países de frío, adonde a Rocío le gustaría ir (pero donde la pobre lo pasaría bastante mal) sucedió el cuento que os voy a referir.

LA BOLA DE NIEVE

Aquel día, Elsa despertó más risueña que de costumbre; era domingo y por lo tanto no había clase. ¡Oh! no es que Elsa fuese una holgazana; por el contrario, era una niña estudiosa y aplicada, sin más defecto que el de ser, como no tardaremos en comprobarlo, algo traviesa.

Pero el que fuese domingo, suponía para Elsa un permiso de coger sus patines y de irse a pasar el día en el lago helado.

Su mamá le puso un buen abrigoito forrado de piel, gruesos guantes de punto, un gorro y una bufanda de lana, le entregó sus patines y ¡andando!

¡Cuánto se divirtió! ¡Cuando se cansó de patinar, se fue a la orilla del lago y se entretuvo con otros niños en hacer estatuas de nieve.

Tan animada estaba Elsa con estos juegos que, un momento en que se había alejado un poco de los sitios frecuentados y vio a una viejecilla sentada junto a un árbol, se le ocurrió una idea que era un poco fea y un poco cruel.

Cogió un montón de nieve, fabricó una bola y ¡paff! se la estampó a la anciana en la cara.

Es decir, no; quiso hacerlo, pero en aquel momento, arrastrada por su propio impulso, resbaló, perdió el equilibrio y cayó.

Cayó sobre el hielo que sin duda no era muy resistente en aquel sitio; sonó un crujido y ¡horror! Elsa se sumergió en el agua helada, hasta el cuello. Al oír su grito desgarrador, la vieja acudió renqueando, apoyada en su bastón.

—¿Ves de qué sirve el ser mala?—la dijo con una risa burlona. ¿Y si yo ahora, para vengarme te dejara ahí?

—¡Socorro! ¡que me ahogo!—gemía la pobre Elsa, agarrada desesperadamente a los bordes escurridizos del hielo.

—Si te salvo ¿qué me darás?—preguntó la vieja.

—¡Lo que usted quiera!

—Trato hecho.

La vieja le tendió su palo y con un vigor extraordinario ¡hop! la sacó del agua. Luego, viendo que tiritaba, la cogió de la mano y se la llevó a su casa.

Era una casucha miserable, tan vieja, tan pobretona y tan fea como su dueña, que se elevaba en medio de una inmensa llanura de hielo.

Allí, la vieja le quitó a Elsa el precioso trajecito, el gorro, la bufanda y el abrigo que estaban chorreando, y le puso en cambio un traje completo de aldeana, de paño rudo, pero que le pareció a Elsa agradabilísimo de llevar, puesto que estaba seco.

—Ahora—dijo la vieja cuando vio a Elsa transformada en una verdadera pueblerina—tienes que cumplir tu promesa y darme lo que te pida.

—Sin duda—dijo Elsa—querrá usted dinero; mi papá es muy rico y le dará cuanto usted desee.

—No necesito dinero de tu papá—dijo la vieja con desprecio—. Lo que yo quiero es un fuego tan ardiente que logre dar calor a mis viejos huesos que siempre, siempre tienen frío, por más que me acerque a las llamas de la chimenea. Conque ya lo sabes; hasta que me des ese fuego que necesito, te quedarás aquí y no volverás a tu casa.

Y dicho esto, la vieja se alejó con su risa burlona y la pobre Elsa quedó sola en la horrible casucha. Se acercó a la puerta, pero, no, la huida era imposible; ante ella se extendía la inmensa llanura helada.

¿Cómo encontrar el camino de su casa en aquel blanco desierto sin fin? Se perdería y moriría de frío sepultada por la nieve que empezaba a caer.

Ocho días hemos de dejar a la pobre Elsa en tan trágica situación, puesto que hasta el domingo próximo no sabremos qué fue de ella.

